

La sombra de la Restauración. Amenazas militares y giros políticos durante la revolución en el Río de la Plata, 1814-1815

The Shadow of Restoration. Military Threats and Political Turns during the Revolution in Río de la Plata, 1814-1815

Gabriel Di Meglio

CONICET/Universidad de Buenos Aires/ Universidad Nacional de San Martín, Argentina

gabrieldimeglio@gmail.com

Alejandro M. Rabinovich

CONICET/Universidad Nacional de La Pampa, Argentina

alejandrorationovich@gmail.com

Resumen: De todos los grandes centros revolucionarios de Hispanoamérica, el Río de la Plata tuvo la particularidad de ser el único en no haber vuelto a caer nunca en manos fidelistas. Esta excepcionalidad hizo que la historiografía local prestase poca atención a las consecuencias, sin embargo muy importantes, que tuvo la restauración monárquica triunfante en todas partes a partir de 1814. Comenzando por un análisis de las corrientes contrarrevolucionarias presentes en la región desde el inicio de la crisis, y de su supuesta debilidad, este trabajo evalúa el peso que allí tuvieron tanto las distintas amenazas de expedición militar como el adverso contexto internacional en lo relativo al giro conservador, y en buena medida monárquico, con el que se comprometieron los principales líderes políticos al comenzar el segundo quinquenio de guerra. A continuación se presta particular atención a la coyuntura rioplatense de 1814-1815, marcada por la amenaza finalmente frustrada de la Expedición de Morillo, para reinterpretar las posiciones de los distintos actores políticos frente a la amenaza externa y mostrar que, si bien los revolucionarios se consideraban con fuerzas sobradas para hacer frente a la misma, temían profundamente que una de las facciones revolucionarias terminara por plegarse al Rey. En este sentido, la inminente expedición peninsular fue presentada como una oportunidad para superar la división entre los dos liderazgos revolucionarios vigentes: el del Directorio, con base en Buenos Aires, y el de José Artigas, con base en la Banda Oriental. Demostraremos, sin embargo, que al conocerse el verdadero destino de Morillo la discordia renació y que la invasión portuguesa de la Banda Oriental, con anuencia porteña, fue una suerte de variante local de las Res-

tauraciones. Basado fundamentalmente en correspondencia diplomática de los agentes porteños, orientales, portugueses y españoles, el trabajo articula los aportes de la nueva historia política y de la historia social de la guerra.

Palabras clave: revolución, restauración monárquica, guerra, diplomacia, Río de la Plata

Abstract: Of all the major revolutionary strongholds in Spanish America, Rio de la Plata was curiously the only one to never fall back into royalist hands. This *rioplatense* exceptionality resulted in local historiography paying little attention to the, however, highly transcendental consequences of victorious monarchical restoration from 1814 onward. Starting with an analysis of the counterrevolutionary trends present in the Río de la Plata region since the outbreak of the revolution and their alleged weaknesses, this paper evaluates how the threat of military expeditions and the adverse international context conditioned the conservative –and to a great extent, monarchical- turn of the main local political leaders at the beginning of the second half of the revolutionary decade. This article pays particular attention to the 1814-1815 period in Río de la Plata -a political moment haunted by the ultimately averted threat of General Morillos’s Expedition- in order to reinterpret the positions of a number of political actors facing an imminent invasion, and demonstrate that, even though revolutionaries were confident in their military strength, they greatly feared the possibility of one of the revolutionary factions realigning with the King. In this sense, the revolutionary parties presented the peninsular expedition as an opportunity to overcome the division between two concurrent leaderships: that of the Buenos Aires-based Directory and that of the Banda Oriental led by José Artigas. We shall demonstrate, however, how Morillo’s detour to Venezuela reignited tensions among revolutionaries, and how the Portuguese invasion of the Banda Oriental, with Buenos Aires’ consent, could in fact be interpreted as a local variation of the monarchical Restoration. Based on diplomatic correspondence between Porteños, Orientales, Portuguese and Spanish agents, this paper combines thus the contributions of the new political history with those of the social history of war.

Keywords: revolution, monarchical restoration, war, diplomacy, Río de la Plata.

Para citar este artículo: Gabriel DI MEGLIO y Alejandro M. RABINOVICH: “La sombra de la Restauración. Amenazas militares y giros políticos durante la revolución en el Río de la Plata, 1814-1815”, <i>Revista Universitaria de Historia Militar</i> , Vol. 7, N° 15 (2018), pp. 59-78.

Recibido: 04/01/2018

Aprobado: 03/09/2018

La sombra de la Restauración. Amenazas militares y giros políticos durante la revolución en el Río de la Plata, 1814-1815

Gabriel Di Meglio

CONICET/ Universidad de Buenos Aires/ Universidad Nacional de San Martín, Argentina

gabrieldimeglio@gmail.com

Alejandro M. Rabinovich

CONICET/ Universidad Nacional de La Pampa, Argentina

alejandrorabinovich@gmail.com

Introducción

Una de las características distintivas del proceso revolucionario iniciado en el Río de la Plata en 1810 fue que, a diferencia de lo ocurrido en otros espacios insurgentes, no se experimentó allí una restauración a mediados de la década. La posibilidad de un triunfo contrarrevolucionario a nivel local se extinguió definitivamente en 1814, por lo que sus posibilidades de victoria dependieron únicamente de una intervención externa, proveniente del Virreinato del Perú o de España. Sin embargo, a partir de ese mismo año los revolucionarios rioplatenses se dividieron en dos bloques rivales que empezaron a librar un conflicto encarnizado entre sí.

En este contexto, a mediados de 1814, arribó a Buenos Aires la noticia de que un ejército poderoso proveniente de la Península se dirigía hacia las costas rioplatenses. Se trataba de la expedición confiada a Pablo Morillo, que finalmente se encaminaría a Venezuela y Nueva Granada. Pero hasta que se supo su verdadero objetivo, la Restauración se convirtió en una posibilidad concreta para los revolucionarios. Las páginas que siguen se ocupan de esa coyuntura en la que, ante la amenaza de invasión, los revolucionarios iniciaron un complejo juego diplomático tanto entre sus diferentes facciones como con los agentes de Fernando VII y de Portugal. De acuerdo a la consigna del dossier del que participa este artículo, buscamos reinscribir al caso rioplatense dentro de la dinámica general planteada por las restauraciones en Europa y América, complejizando la pretendida “excepcionalidad” planteada por la historiografía tradicional.

Con este objetivo, y pensando sobre todo en los lectores poco familiarizados con el caso rioplatense, comenzaremos con un breve repaso de los intentos contrarrevolucionarios ocurridos en la región hasta el retorno de Fernando al trono, planteando como una de las claves de su debilidad la ausencia de un fidelismo popular. Luego, estudiaremos la situación militar planteada por la amenaza de invasión externa y la manera en que fue utilizada por los revolucionarios como una oportunidad para buscar una salida a su división facciosa. Por último, veremos cómo estas negociaciones fracasaron al conocerse el verdadero destino de la expedición de Mori-

llo, lo que dio pie a que se exacerbara el conflicto interno y a que Buenos Aires aceptara una invasión portuguesa que jugaría, localmente y respecto del artiguismo, un papel muy similar al de la restauración monárquica en el resto de Hispanoamérica.

La derrota de la contrarrevolución

El 25 de mayo de 1810, las noticias de la caída de la Península en manos francesas llevaron a un grupo de revolucionarios rioplatenses a hacerse del poder y formar una junta en Buenos Aires. El nuevo gobierno expulsó a todos los funcionarios coloniales (los “mandones”) y proclamó que su objetivo era «emancipar a las colonias de la tiranía de la madre patria y preservarlas como un grande y floreciente Estado para el representante legítimo de la monarquía española».¹ Es decir, la Junta dejaba de obedecer a cualquier autoridad metropolitana para conducirse autónomamente hasta que Fernando VII recuperara su trono —si es que alguna vez lo hacía—, para luego mantener ese autogobierno bajo la órbita del soberano. Aun cuando dentro de la Junta había miembros, liderados por el secretario Mariano Moreno, que proponían encaminarse hacia la independencia absoluta respecto de España y de su Rey, tal sector era minoritario.²

Los revolucionarios pretendían que el resto del Virreinato del Río de la Plata se plegara a la decisión de su capital y que cada provincia enviase diputados para integrar la Junta.³ Al recibir las nuevas, buena parte de las ciudades virreinales aceptó lo ocurrido en Buenos Aires. Sin embargo, en Montevideo, Asunción del Paraguay, Córdoba y el Alto Perú fueron los contrarrevolucionarios los que se impusieron, declarándose leales al Consejo de Regencia peninsular. Junto con las convicciones fidelistas y las rivalidades locales, una causa fundamental entre los refractarios al cambio fue el descontento que arrastraban desde antes con respecto a Buenos Aires. Pero las posiciones no fueron unánimes en cada lugar: así como en la capital los revolucionarios habían tenido que imponerse sobre los partidarios del *statu quo*, también hubo quienes quisieron sumarse a la revolución en las ciudades fidelistas. En Montevideo, por ejemplo, un cabildo abierto estuvo cerca de sumarse a la iniciativa porteña el 31 de mayo de 1810, pero la tentativa fue neutralizada, en particular, por la presencia de los oficiales de la escuadra española. El Alto Perú (la audiencia de Charcas), por su parte, incómodo con su incorporación al virreinato rioplatense en 1776, se encontraba agitado por la represión a las juntas locales forma-

¹ La cita es del agente Matías Irigoyen, enviado por la Junta a Londres; en Noemí GOLDMAN: “Buenos Aires, 1810: la ‘revolución’, el dilema de la legitimidad y de las representaciones de la soberanía del pueblo”, *Historia y política*, 24 (2010)

² Sobre la diferencia entre “autonomía” e “independencia”, véanse José M. PORTILLO VALDÉS: *Crisis Atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Marcial Pons, 2006; Jaime E. RODRÍGUEZ: *La independencia de la América española*, México, FCE, 2010.

³ Marcela TERNAVASIO: *Gobernar la Revolución. Poderes en disputa en el Río de la Plata, 1810-1816*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

das en 1809.⁴ En Córdoba, en tanto, la resistencia a la Junta porteña fue promovida por Santiago de Liniers, ex virrey y héroe de la reconquista de Buenos Aires en 1806.⁵

La doble invasión británica de 1806 y 1807 había brindado a la capital virreinal un elemento que habría de volverse una ventaja al producirse la revolución: el ingreso masivo de la población masculina a unidades de milicias voluntarias. Esa nueva fuerza jugó un papel decisivo para asegurar el triunfo de los revolucionarios el 25 de mayo de 1810 y para garantizar la adhesión a la Junta en las provincias.⁶ Una primera expedición porteña desbarató la resistencia cordobesa y fusiló a todos sus líderes antes de continuar hacia el norte, incorporando hombres en las distintas provincias y ocupando, a fines de 1810, el Alto Perú.

La Junta tuvo menos suerte con las otras ciudades contrarrevolucionarias. Una expedición más modesta, enviada contra Asunción, fue vencida por los paraguayos en marzo de 1811. De todos modos, un par de meses más tarde Asunción creó también un gobierno autónomo, que siguió sin reconocer a Buenos Aires pero abandonó la fidelidad a España. Así, solo Montevideo seguía en pie como centro contrarrevolucionario en el Río de la Plata. En febrero de 1811 hubo un levantamiento rural a lo largo de la Banda Oriental, que se pronunció a favor de la Junta de Buenos Aires y venció a las tropas montevidéanas. Los revolucionarios orientales y algunas tropas porteñas sitiaron Montevideo, que resistió gracias a sus murallas y a una escuadra que bombardeó la capital revolucionaria.

En medio del conflicto, João VI anunció que intervendría en la Banda Oriental—región que durante el siglo XVIII había sido disputada entre portugueses y españoles— a favor de los intereses de su cuñado Fernando VII. Ante el avance del enemigo tradicional, montevidéanos y porteños pactaron un armisticio que dejaba la Banda Oriental en manos de los primeros. Los portugueses aceptaron retirarse a regañadientes, por presión de los británicos, que no querían grietas en la coalición antinapoleónica. Por su parte, los revolucionarios orientales, cuyo líder era José Artigas, no participaron en las negociaciones y se opusieron al acuerdo, que los entregaba a sus enemigos. Como consecuencia, abandonaron en masa la Banda Oriental hacia Entre Ríos, cruzando el río Uruguay.⁷

Ahora bien, a diferencia del Alto Perú, en donde los fidelistas se harían fuertes tras derrotar a los revolucionarios a mediados de 1811,⁸ en el litoral rioplatense su predominio sería de

⁴ María Luisa SOUX: “Legalidad, legitimidad y lealtad: apuntes sobre la compleja posición política en Charcas (1808-1811)”, en Veronique HÉBRARD y Geneviève VERDO (coords.), *Las independencias hispanoamericanas: un objeto de historia*, Madrid, Casa Velázquez, 2013, pp. 101-116.

⁵ Sobre los posicionamientos de la élite cordobesa frente a los sucesos de mayo, ver Valentina AYROLO: “La ciudad cooptada. Refractarios revolucionarios en Córdoba del Tucumán (1810-1816)”, *Anuario IEHS*, 26 (2011), pp. 11-29.

⁶ Pilar GONZÁLEZ BERNALDO: “Producción de una nueva legitimidad: ejército y sociedades patrióticas en Buenos Aires entre 1810 y 1813”, en AAVV, *Imagen y recepción de la Revolución Francesa en la Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1990, pp. 27-51.

⁷ Tulio HALPERIN DONGHI: *De la Revolución de Independencia a la Confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1985.

⁸ Alejandro M. RABINOVICH: *Anatomía del pánico. La batalla de Huaqui o la derrota de la revolución (1811)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2017.

corta duración. En Buenos Aires, un grupo de peninsulares organizó un levantamiento en junio de 1812 para hacerse del poder con apoyo montevideano, pero sus miembros fueron descubiertos y ejecutados en medio de una gran agitación de la población urbana.⁹ Mientras tanto, en la Banda Oriental, se iniciaba una ardua campaña en la que los esfuerzos combinados del ejército y la escuadra de Buenos Aires, al principio con el apoyo de los artiguistas, serían coronados en junio de 1814 con la caída y ocupación de Montevideo.¹⁰

¿A qué se debió este fracaso contrarrevolucionario en la región? Uno de los factores predominantes reside en la imposibilidad de movilizar a las clases populares rioplatenses a su favor. Hubo espacios hispanoamericanos en los que la causa del *statu quo* obtuvo apoyos populares mayoritarios para organizar la contrainsurgencia, como ocurrió en buena parte de Nueva España y del Perú, y otros en los que los realistas aprovecharon movilizaciones plebeyas contrarias a las elites blancas revolucionarias, que no tenían un carácter conservador, sino que implicaban reclamos sociales y raciales en nombre de la defensa del orden y del Rey. Fue lo que ocurrió con los esclavos de Barlovento y con los llaneros de Boves en Venezuela, o con los esclavos y los indígenas de Popayán, por señalar los casos más significativos.¹¹

En cambio, en el Río de la Plata las movilizaciones populares tuvieron lugar a favor del bando revolucionario, ya que muchos de los resentimientos sociales y raciales de la época fueron redirigidos con éxito hacia los enemigos de la revolución.¹² El objeto de odio popular fueron primero los “mandones” coloniales, luego los españoles *in toto* y, para 1814, la intransigencia de Fernando VII hizo que la causa revolucionaria empezase a volverse contra el Rey. La tríada identitaria colonial se rompió: nadie discutió la religión, pero la patria –ahora republicana, al menos de hecho– y el Rey pasaron a estar enfrentados. Desde entonces en el Río de la Plata ya no se pudo ser patriota y realista, sino que ambas identidades pasaron a estar enfrentadas.¹³

En la Banda Oriental, zona de fuertes conflictos por el uso de la tierra y los recursos en el período tardocolonial, la movilización de los “infelices” fue clave, planteó demandas radicales y propuso un marcado igualitarismo. Algo parecido ocurrió en Salta, donde desde 1814 los paisanos del Valle de Lerma politizaron tensiones previas en contra de los realistas y llevaron a que diversos reclamos sociales se incluyeran en la causa patriótica. Por su parte, varios pueblos gua-

⁹ Mariana A. PÉREZ: “Viva España y mueran los Patricios!. La conspiración de Álzaga de 1812”, en Mónica ALABART, María Alejandra FERNÁNDEZ y Mariana PÉREZ (eds.), *Buenos Aires, una sociedad que se transforma: entre la colonia y la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Prometeo, 2011.

¹⁰ Ana RIBEIRO: *Los muy fieles. Leales a la Corona en el proceso revolucionario rioplatense. Montevideo / Asunción. 1810-1820*, 2 tomos, Montevideo, Planeta, 2013.

¹¹ Clément THIBAUD: *República en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela*, Bogotá, Planeta, 2003; Marcela ECHEVERRI: *Indian and Slave Royalists in the Age of Revolution: Reform, Revolution, and Royalism in the Northern Andes, 1780-1825*, Nueva York, Cambridge University Press, 2016.

¹² Mariana A. PÉREZ, “La construcción del enemigo: el antiespañolismo en la literatura revolucionaria porteña (1810-1820)”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 10 (2010), pp. 37-55.

¹³ Gabriel DI MEGLIO: “Patria”, en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Conceptos políticos fundamentales 1770-1870 [Iberconceptos II]*, tomo 8 (*Patria*), Madrid, Universidad del País Vasco/Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014, pp. 37-50.

raníes, que habían sido misiones de la Compañía jesuítica en el norte de los ríos Uruguay y Paraná, intentaron reconstruir la vieja provincia pero sin los sacerdotes y sin el control de ninguna autoridad blanca. También en la ciudad de Buenos Aires la movilización plebeya a favor de la revolución fue muy extendida y se estableció una igualación simbólica entre quienes luchaban a favor de la causa.¹⁴

¿No hubo entonces fidelistas rioplatenses? Por supuesto que sí, pero por motivos tal vez coyunturales tuvieron escasa fortuna. Los de Buenos Aires emigraron a Montevideo a partir de 1810, o fueron desarticulados tras la fallida conspiración de 1812.¹⁵ Cuando el ejército peruano tuvo que abandonar Salta y Jujuy en 1813, muchos de los leales a la Corona se marcharon con sus oficiales. En Montevideo hubo expresiones de “realismo popular”, es decir, de movilización plebeya a favor de la causa realista, pero se cortó con la caída de la ciudad en 1814.¹⁶ En Córdoba no hubo más manifestaciones fidelistas tras la derrota sufrida en 1810, aunque varios revolucionarios siguieron observando a la provincia con recelo.¹⁷ No pocos suponían que –al igual que había ocurrido en Chile en 1814– una invasión realista podía eventualmente despertar sentimientos reaccionarios.

Esa posibilidad se volvió más cierta después del regreso de Fernando a España, en el marco de una coyuntura complicada para los insurgentes. Si bien la caída de Montevideo fue clave para dificultar una incursión realista, la victoria no implicó una disminución de los conflictos, que ahora se trasladaron al interior del campo revolucionario. Para 1814, la política centralista llevada adelante en las Provincias Unidas del Río de la Plata por los diferentes gobiernos con sede en Buenos Aires comenzaba a generar disconformidad. La oposición fue particularmente fuerte entre los territorios que dependían de la capital por ser parte de su intendencia: la Banda Oriental, Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes y Misiones. Entre mediados de 1814 y principios de 1815, estas provincias dejaron de obedecer a Buenos Aires y crearon un bloque revolucionario distinto, la Liga de los Pueblos Libres, que funcionó como una confederación cuyo refe-

¹⁴ Ana FREGA: *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista. La región de Santo Domingo Soriano desde fines de la colonia hasta la ocupación portuguesa*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2007; Sara MATA: *Los gauchos de Güemes. Guerras de independencia y conflicto social*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008; Gustavo PAZ: “El orden es el desorden”. Guerra y movilización campesina en la campaña de Jujuy, 1815-1821”, en Raúl FRADKIN y Jorge GELMAN (comps.), *Desafíos al orden. Política y sociedades rurales durante la Revolución de Independencia*, Rosario, Prohistoria, 2008, pp. 83-101; Raúl FRADKIN: “La revolución en los pueblos del litoral rioplatense”, *Estudios Ibero-Americanos*, 36:2 (2010), pp. 242-265; Guillermo WILDE: *Religión y poder en las misiones de guaraníes*, Buenos Aires, SB, 2009; Gabriel DI MEGLIO, *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2006.

¹⁵ Mariana A. PÉREZ: “Un grupo caído en desgracia. Los españoles europeos de Buenos Aires y la Revolución de Mayo”, *Entrepasados. Revista de Historia*, 35 (2009), pp. 109-127.

¹⁶ Pablo FERREIRA: “Los amotinados de la Matriz. Una aproximación al estudio del conflicto social y político en el ocaso del poder español en Montevideo”, *Avances de Investigación. Facultad de Humanidades y Ciencias de la educación 2011-2012. Docentes*, Montevideo, FHCE-Udelar, 2013, pp. 23-42.

¹⁷ Informe de Carlos de Alvear en Río de Janeiro, junio de 1815, citado en Raúl O. FRADKIN: “Las formas de hacer la guerra en el litoral rioplatense”, en Susana BANDIERI (comp.), *La historia económica y los procesos de independencia en la América hispana*, Buenos Aires, AAHE/Prometeo Libros, 2010, p. 210.

rente era José Artigas. Los intentos de Buenos Aires por regresarlas a la obediencia fracasaron, produciéndose una nueva guerra que se tornó particularmente violenta.

La separación en dos bloques opuestos, la caída de la economía por la guerra, la situación crítica de los otros focos insurgentes, la falta de apoyo de parte del Reino Unido y de los Estados Unidos, el sesgo conservador de las monarquías que vencieron a Bonaparte; todo llevó al gobierno revolucionario bonaerense a abrir conversaciones con el Rey restaurado, una vez que la ambigüedad previa era insostenible. En el mismo año de 1814 las autoridades de Buenos Aires enviaron diplomáticos a España para negociar, de máxima, «la independencia política de este Continente» y, de mínima, «la libertad civil de estas Provincias» (es decir, la autonomía dentro la monarquía española). Las instrucciones contemplaban como posible solución «la venida de un príncipe de la Casa Real de España que mande en soberano este Continente bajo las formas Constitucionales que establezcan las Provincias; o el vínculo y dependencia de ellas respecto a la Corona de España, quedando la administración de todos sus ramos en manos de los Americanos». En caso de que Fernando se negase a negociar, los diplomáticos estaban habilitados para buscar la protección de otra potencia europea.¹⁸

Efectivamente, el Rey no quería ninguna componenda. Su política hacia los americanos insurgentes era la opción militar. La amenaza se volvió certeza cuando llegaron al Río de la Plata las noticias de que una expedición se dirigía allí desde la Península. La derrota y la restauración aparecían ahora como una posibilidad real.

Bienvenidos: la expedición española y los actores locales

El desmoronamiento napoleónico liberó los recursos militares que España tenía abocados a la lucha contra los franceses. Al mismo tiempo, parte de la oficialidad que había llevado adelante la “guerra de independencia” peninsular, marcadamente liberal en sus opciones políticas, era ahora vista con desconfianza por la camarilla del monarca.¹⁹ La posibilidad de enviarlos a América al frente de los batallones ociosos significaba, pues, una manera de afrontar el desafío de las revoluciones hispanoamericanas, a la vez que se evitaba el peligro de una revolución peninsular.²⁰ La restauración fernandina cambió así el cariz de la guerra. Si hasta ese momento la confrontación entre revolucionarios y fidelistas había sido un asunto resuelto mayormente entre americanos adscriptos a uno u otro bando, a partir de 1815 la llegada de expediciones peninsulares transformaría la dinámica del enfrentamiento.

¹⁸ Carlos ESCUDÉ y Andrés CISNEROS: *Historia de las Relaciones Exteriores Argentinas*, Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales, tomo II, cap.5, 2000.

¹⁹ Juan MARCHENA: “¿Obedientes al rey y desleales a sus ideas? Los liberales españoles ante la “reconquista” de América durante el primer absolutismo de Fernando VII. 1814-1820”, en Íd. y Manuel CHUST (eds.), *Por la fuerza de las armas. Ejército e independencias en Iberoamérica*, Castellón, Universidad Jaume I, 2008, pp. 1-64.

²⁰ Edmundo A. HEREDIA: *Planes españoles para reconquistar Hispanoamérica (1810-1818)*, Buenos Aires, Eudeba, 1974.

El envío a América de una expedición imponente (fuerte de 10.500 hombres de ejército y una flota naval completa), capaz de volcar el balance estratégico continental en favor de las fuerzas del Rey, se terminó de dictaminar en noviembre de 1814 tras largas deliberaciones. El destino preciso de dicha fuerza distaba, sin embargo, de generar consensos.²¹ ¿Convenía dirigir la fuerza a Costa Firme, donde se disponía de numerosos puertos seguros y de aliados locales importantes (los llaneros de Boves en Venezuela, los samarios y pastusos en territorio neogranadino), o bien era preferible atacar el molesto Río de la Plata, que servía de plataforma para que los revolucionarios inquietaran al virrey del Perú?²² La Corona se inclinaba por las ventajas de asegurar el estratégico Istmo de Panamá, mientras que la tropa (temerosa tanto de las epidemias como de la guerra a muerte que se realizaba en la costa caribe) y los comerciantes de Cádiz (encargados de financiar la expedición a través de la Comisión de Reemplazos) preferían claramente el destino rioplatense, que reabría para el comercio atlántico un punto de acceso fundamental.²³ Inclusive, para lograr que la expedición se dirigiese al Río de la Plata, algunos realistas que emigraron de Montevideo a Río de Janeiro fraguaron un “Plan de operaciones” que proponía una política de terror al estilo jacobino y se lo atribuyeron a los revolucionarios de Buenos Aires. Sin embargo, para cuando el documento apócrifo llegó a manos de Fernando VII la expedición ya había zarpado.²⁴

La decisión de dirigirla a Costa Firme se venía imponiendo por lo menos desde octubre de 1814, al conocerse la noticia de la caída de Montevideo en manos revolucionarias en junio, ya que sin el socorro de dicha plaza era peligroso aventurar un desembarco en la región. No obstante, hasta último momento la Corona dejó pensar a todas las partes involucradas que la fuerza se dirigiría al Río de la Plata, para no enemistarse con los comerciantes gaditanos. De ese modo, los propios participantes de la expedición no se enteraron del destino real de la misma sino hasta el 25 de febrero de 1815, cuando su comandante Pablo Morillo abrió en alta mar los sobres con sus instrucciones. Para el resto del mundo, el misterio duró un largo tiempo más, puesto que la *Gaceta de Madrid* no publicó la noticia del cambio de dirección sino el 23 de mayo. Los rumores de que la expedición no arribaría comenzaron a correr en el Río de la Plata a mediados de junio,²⁵ y fueron confirmados y publicados en Buenos Aires recién el 24 de septiembre de 1815.²⁶

²¹ Edmundo A. HEREDIA: “El destino de la expedición de Morillo”, *Anuario de Estudios Americanos de Sevilla*, 29 (1972), pp. 315-342.

²² Anthony MC FARLANE: *War and Independence in Spanish America*, New York, 2014, pp. 288-291.

²³ Michael COSTELOE: “Spain and the Spanish American Wars of Independence: The Comisión de Reemplazos, 1811–1820”, *Journal of Latin American Studies*, 13:2 (1981), pp. 223-237.

²⁴ El plan fue escrito por Felipe Contucci y Andrés Álvarez de Toledo, y fue presentado al rey en abril de 1815. Diego Javier BAUSO: *Un plagio bicentenario. El “Plan de operaciones” atribuido a Mariano Moreno. Mito y realidad*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2015.

²⁵ El 28 de junio Artigas es informado de que la expedición no se dirigía al Río de la Plata sino a otro destino, que según los rumores erróneos sería Lima. Ver *Archivo Artigas* (en adelante, AA), vol.21, p. 36.

²⁶ “Bando del Director Interino del Estado, Buenos Aires, 24 de septiembre de 1815”, reproducido en Augusto E. MAILLÉ: *La Revolución de mayo a través de los impresos de la época*, Primera Serie, Tomo II 1812-1815, Buenos Aires, 1965, p. 553.

De manera que los revolucionarios rioplatenses, que esperaban desde mediados de 1814 que la expedición cayera sobre ellos, vivieron más de un año bajo la acechanza del ataque. Así, pese al cambio de dirección realizado a último momento, la expedición de Morillo tuvo efectos concretos sobre la política militar rioplatense. Un elemento de esta coyuntura crucial, que puede parecer sorprendente, es que los jefes revolucionarios no se mostraron particularmente preocupados por la posibilidad de ser derrotados en combate por la expedición. En efecto, a diferencia de los pronunciamientos públicos, en los que enfatizaban el peso de la amenaza, en su correspondencia privada los militares rioplatenses se mostraban confiados respecto a sus posibilidades de resistir con éxito al enemigo. Por ejemplo, el principal lugarteniente de Artigas, Fernando Otorgués, respondía en estos términos al enviado de Buenos Aires que le informó acerca de la próxima llegada de la expedición:

Nada me ha causado la noticia de la formidable expedición que usted me insinúa, por considerarme con fuerzas para atender a todos puntos, y aun de otra más que por otros lados se encaminase hacia nosotros, como también por ser declarada en nuestro favor la sabia Providencia.²⁷

Más allá de la confianza en la protección divina, ¿era razonable esperar que los 5.000 o 6.000 paisanos de a caballo de los que disponía Artigas, soberbiamente montados pero muy mal armados, fuesen suficientes para detener a los 10.500 soldados de línea de Morillo? La confianza de los jefes locales, que en un primer momento podría parecer absurda, se vuelve comprensible al hacer un breve repaso de la experiencia de guerra adquirida en los años precedentes por esos mismos jefes. Recordemos, para empezar, que invasiones como la de Morillo no eran inéditas en la zona. La fuerza británica que había atacado el Río de la Plata en 1807, similar en número a la expedición española, había sido derrotada en Buenos Aires por las milicias locales.²⁸

Por otra parte, desde 1811, los milicianos orientales, organizados en divisiones montadas como la de Otorgués, habían amasado una considerable práctica de combate frente a tropas de línea de Montevideo, Buenos Aires y Portugal, saliendo muchas veces airoso. En este punto, es notable el aprendizaje táctico que habían realizado los militares rioplatenses en tan corto espacio de tiempo, puesto que nadie parecía dudar respecto de cómo enfrentar la posible llegada de la expedición: mediante una guerra de recursos encarnizada que forzaría a los invasores a capitular. Un experimentado revolucionario porteño, que llegaría pronto a convertirse en Director Supremo, comentaba:

Todo anuncia como indudable la venida de la expedición Española; pero yo no me resuelvo a creerla, ni menos la temo en caso que sea efectiva. [...] Si Artigas nos

²⁷ “Fernando Otorgués a Nicolás Herrera, Campo volante de vanguardia en Castro, 11 de febrero 1815”, en AA, vol. 17, pp. 528-529.

²⁸ Carlos ROBERTS: *Las Invasiones Inglesas del Río de la Plata, 1806-1807*, Buenos Aires, Emecé, 2000.

*ayuda como no dudo, creo que él solo dará fin de los 10.000 gallegos, porque los matará de hambre.*²⁹

Esta forma de hacer la guerra, basada en la extensión del terreno escasamente poblado y en la dependencia del *stock* ganadero para alimentar a la tropa, era una táctica guerrillera que se alejaba de lo que mandaban los reglamentos europeos, aunque las guerras napoleónicas acababan de dar ciertos ejemplos de su potencialidad, en particular en Rusia y en la propia Península ibérica.³⁰ Uno de los comandantes revolucionarios la sintetizaba así:

La manera de hacer la guerra en estos campos no tiene conexión alguna con las reglas de la táctica militar. En un país desprovisto de todo, despoblada la campaña, sin agricultura, ni más vituallas que la carne, era segura una victoria en cortando al enemigo estos recursos: siempre vence el que está mejor montado.³¹

El gobierno de Buenos Aires había tomado debida nota de la advertencia, y para 1815 había incorporado plenamente la guerra de recursos como una alternativa adecuada para defender el territorio. Los jefes españoles con experiencia en la región también habían aprendido la lección respecto de las especificidades de la guerra rioplatense, como escribía el marino José María de Salazar:

Todo el triunfo sobre estas provincias aun en el caso de venir, como se piensa, una grande expedición, depende de ganar a Artigas y a su segundo Otorgués, o por lo menos a uno de ellos, [...] pues la plaza de Montevideo con la campaña es incontestable, y sin ella es necesario hacer grandísimos y continuos sacrificios para sostenerla, y estos hombres hacen una especie de guerra que acabarían con muchos miles, y no se les sujetaría.³²

La lectura militar era, pues, muy clara: independientemente de su destreza en combate y de la calidad de su armamento, 10.000 infantes recién desembarcados, sin monturas ni provisiones frescas, no representaban una amenaza seria para los revolucionarios, que se limitarían a hostigarlos hasta rendirlos por inanición.³³ La confianza en esta estrategia era tal que Artigas, al

²⁹ “Juan Martín de Pueyrredón a Vicente Dupuy, 9 de marzo de 1815”, en AA, vol. XX, p. 231.

³⁰ Raúl O. FRADKIN: “Las formas de hacer la guerra...”, pp. 167-214.

³¹ “José Rondeau al Superior Gobierno, Cuartel del Cerrito, 28 de febrero de 1813”, en AA, vol. IX, p. 314.

³² “José María de Salazar a Luis María de Salazar, Río de Janeiro, 17 de febrero 1815”, en AA, vol. XVII, pp. 436-437.

³³ En rigor, la experiencia de Morillo en Costa Firme confirma parcialmente el desprecio de los revolucionarios. La expedición tuvo algunos éxitos iniciales resonantes, pero estaba compuesta por soldados forzados, muchos de los cuales desertaron masivamente a la primera oportunidad, además de ser víctimas de epidemias de todo tipo, por lo que tuvo que recurrir rápidamente al reclutamiento local. Marga-

menos en su correspondencia pública, rezaba por la feliz llegada de la expedición para tener la oportunidad de apoderarse de las invaluable armas de los invasores.³⁴

Este optimismo, sin embargo, tenía un límite. La amenaza de los batallones expedicionarios, inocua en soledad, podía volverse formidable si contaban con el apoyo local de una caballería bien adaptada al terreno. En ese caso todas las ventajas de la guerra de recursos se verían negadas y la superioridad de la infantería peninsular para una batalla campal en regla se volvería temible. ¿Quiénes podían proveer semejante caballería a los invasores? No había más que dos opciones: o los portugueses de Río Grande, que tenían un estilo militar similar al de los paisanos orientales;³⁵ o el propio Artigas, si traicionaba las banderas revolucionarias y volcaba sus divisiones en defensa del Rey. La primera opción quedó pronto descartada gracias a la oposición británica. La segunda, que es precisamente la que recomendaba el marino Salazar, representaba una perspectiva más inquietante para los revolucionarios y fue perseguida por las autoridades peninsulares.

Puede decirse que a fines de 1814 la suerte de la revolución rioplatense estuvo en buena medida en manos de José Artigas. Si el jefe oriental hubiera aceptado entonces los muy generosos avances por parte de los emisarios reales para que se pasara al bando realista, haciéndose acreedor a numerosos honores entre los cuales se encontraba el título de Brigadier de los ejércitos del Rey,³⁶ la combinación de sus fuerzas con la expedición de Morillo hubiera presentado a Buenos Aires un dilema de muy difícil solución.

Ciertamente, es difícil imaginar que los paisanos en armas, que habían mostrado un odio profundo a los europeos desde 1811, que habían proclamado abiertamente un sistema republicano en 1813 y que presionaban a su líder para que tomara medidas radicales como repartir la tierra, lo hubieran seguido sin conflictos a una reconciliación con el viejo *statu quo*.³⁷ De todos modos, en el contexto crítico de 1814, los agentes realistas se mostraban optimistas. Las negociaciones tuvieron lugar en Río de Janeiro, dirigidas por Otorgués en nombre de Artigas, a través de dos diputados (José Bonifacio Redruello y José María Caravaca) que entablaron tratativas tanto con los portugueses como con el agente de negocios de la Corona española, Andrés Villalba, y con la Infanta Carlota.³⁸ Estas negociaciones avanzaron de manera sorprendente en

ret L. WOODWARD: "The Spanish Army and the Loss of America, 1810-1824", *The Hispanic American Historical Review*, 48:4 (1968), pp. 586-607.

³⁴ "José Artigas al Cabildo de Montevideo, 9 de mayo de 1815", en AA, vol. XXI, p.15.

³⁵ Miquéias H. MUGGE: *Prontos a contribuir: guardas nacionais, hierarquias sociais e cidadania. Província do Rio Grande do Sul – século XIX*, São Leopoldo, Oikos, Unisinos, 2012.

³⁶ Este título fue efectivamente expedido el 30 de junio de 1815. En AA, vol. XVIII, p. 353.

³⁷ Véase Raúl O. FRADKIN: "La revolución en los pueblos del litoral rioplatense", cit., Ana FREGA: "Caudillos y montoneras en la revolución radical artiguista", *Andes. Antropología e Historia*, 13 (2002), pp. 75-112.

³⁸ Un análisis en profundidad en Marcela TERNAVASIO: "¿Un bienio crucial? Una mirada sobre la independencia en el corredor luso-hispano-criollo", en <http://www.anh.org.ar/noticia.php?id=203titulo:%20C2%BFUn-bienio-crucial?-Una-mirada-sobre-la-independencia-en-el-corredor-luso-hispano-criollo> (consultado por última vez el 30/04/2018)

términos que, de haberse hecho públicos, hubieran representado un escándalo mayúsculo en el bando revolucionario.

Las instrucciones de los emisarios de Buenos Aires a Europa, comentadas en el apartado previo, contemplaban la posibilidad de adoptar varias salidas monárquicas, pero en ningún caso se aventuraban tan lejos como lo hacía Otorgués, quien en las instrucciones a sus diputados manifestaba lealtad a Fernando VII, presentaba la Provincia Oriental como «parte de la Monarquía española» y afirmaba que los artiguistas habían apoyado a la flota realista en su lucha contra Buenos Aires.³⁹ En otras misivas, Otorgués ofrecía el apoyo de los orientales a la expedición peninsular y se felicitaba por su pronta llegada («la agradable noticia que la escuadra española ya está de este lado de la línea y que pronto la tendremos a la vista»). Esta negociación despertó, ya entre los contemporáneos involucrados, una enorme suspicacia. ¿Otorgués hablaba realmente en nombre del Jefe oriental, quien había demostrado y seguiría demostrando tanta intransigencia en la lucha por la independencia? ¿Sus ofrecimientos eran sinceros, o representaban sólo una treta para obtener información respecto del punto de desembarque de la expedición? Más importante aún: ¿podían realmente Artigas y Otorgués renunciar a la causa revolucionaria sin ser abandonados por sus bases? La cuestión queda relegada necesariamente al terreno de las especulaciones.⁴⁰

Resulta en cambio relevante, para entender mejor la posición de los actores frente a la restauración monárquica, analizar la manera en que las tratativas del artiguismo con la Corona se enlazaban con su disputa con el gobierno de Buenos Aires, en ese momento llamado “Directorio”. En efecto, tras la captura de Montevideo el ejército directorial se había lanzado a destruir a los artiguistas, derrotando a Otorgués en octubre de 1814. La negociación con españoles y portugueses se daba, entonces, en un momento desesperado para los orientales, ya que sus líderes afrontaban un muy probable fusilamiento en caso de caer en manos de las autoridades porteñas. ¿Qué pedía Otorgués al príncipe regente de Portugal a cambio de su hipotético retorno al redil realista? Armas, municiones y la posibilidad de refugiarse en territorio portugués en caso de volver a ser derrotado. Se intercambiaba así un apoyo eventual en el futuro, del que siempre podían desdecirse, a cambio de una ayuda esencial y urgente para sobrevivir al enemigo más inmediato.

De ese modo, el factor determinante en las negociaciones de los revolucionarios orientales con la Corona no lo constituía necesariamente la lealtad al monarca ni el miedo a sus expedi-

³⁹ “Instrucciones de Fernando Otorgués a Redruello y Caravaca, Casupá, 13 de septiembre de 1814”, en AA, vol. XVIII, p. 178.

⁴⁰ La posibilidad de que los orientales apoyaran un desembarco español mantendría incluso vigencia durante varios años más. En 1821, con la Banda Oriental ya firmemente en manos portuguesas, algunos españoles que residían en Río de Janeiro seguían insistiendo con enviar una expedición militar desde la Península (ahora en manos de los liberales), y negociaban otra vez con Otorgués y algunos artiguistas que estaban prisioneros en Brasil para montar una fuerza que pudiera ser la base local del ejército metropolitano cuando arribase al Río de la Plata. Ver Ana FREGA: “Alianzas y proyectos independentistas en los orígenes del ‘Estado Cisplatino’”, en Íd. (coord.), *Historia regional e independencia del Uruguay. Proceso histórico y revisión crítica de sus relatos*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2009, p. 24 y ss.

ciones, sino la feroz lucha desatada entre los dos bloques revolucionarios, que implicaba la búsqueda urgente de socorros y aliados, incluyendo al Rey. La prueba de esto la brinda el cambio de actitud de Otorgués tras la inesperada victoria de los artiguistas sobre las fuerzas del Directorio, en Guayabos, el 10 de enero de 1815. Este vuelco de la fortuna militar trastocaba por completo la situación estratégica y les abría las puertas de Montevideo. Por primera vez Artigas podría gobernar en toda su tierra.

En este nuevo contexto, Otorgués, a cargo del gobierno en Montevideo, mantuvo a sus negociadores en Río de Janeiro, prometiendo a Villalba y a Carlota que conservaba «su amor al soberano» y que apoyaría la expedición en contra de Buenos Aires. Sin embargo, su celada se volvía cada vez más evidente. Otorgués seguía pidiendo armas e información respecto de la llegada de Morillo, pero en Montevideo, en vez de ir preparando el terreno para un arreglo con el monarca, se iniciaba un decidido movimiento en pos de la independencia. No por nada Villalba hacía notar que, al entrar Otorgués a la ciudad, su bandera decía «morir por la independencia». ⁴¹ Otorgués se excusaba, diciendo que el pueblo oriental no estaba listo para aceptar la reconciliación con el Rey, y le prometía que en cuanto llegase la expedición él podría descubrir sus verdaderas intenciones y que correrían «en su auxilio todos los Orientales». ⁴² Finalmente, la contradicción entre las acciones de los artiguistas (evacuación de Montevideo, prisión e internamiento de los españoles europeos) y los dichos de Otorgués se volvió tan flagrante que hasta Redruello y Caravaca se dieron por engañados. Los diplomáticos españoles comprendían una amarga realidad: una vez que la amenaza porteña se había disuelto, el jefe oriental había perdido todo interés en avanzar la negociación con la Corona.

Peor aún, ahora que Artigas gobernaba la Banda Oriental, se abría la posibilidad de que éste entablase, desde una posición de fuerza, una alianza defensiva con Buenos Aires para enfrentar juntos a la expedición. En efecto, una vez descartada la posibilidad de derrotar militarmente a Artigas, el gobierno porteño aceptaba resignarse a establecer una alianza honrosa con él. Era una manera de detener a la expedición peninsular a la vez que se acababa la tremenda guerra civil que desangraba a ambas facciones revolucionarias.

De Morillo a Lecor: historia de una oportunidad desperdiciada

De manera que, de Guayabos en adelante, el efecto de la amenaza de Morillo sobre los revolucionarios cambió de polaridad y, en vez de fomentar la discordia y la posibilidad de traicionar la revolución, se transformó en la prenda de paz capaz de unir a las facciones. Como decía el Cabildo de Buenos Aires:

No hay remedio Ciudadanos: es preciso optar de dos cosas una, o reconciliarnos entre nosotros mismos, extirpando hasta el germen ponzoñoso de nuestras divisiones,

⁴¹ “Andrés Villalba al ministro Cevallos, 2 de abril de 1815”, en AA, vol.18, p. 288.

⁴² “Fernando Otorgués a Andrés Villalba”, Montevideo, 1 de marzo de 1815, en AA, vol.18, p. 282.

*o resolernos a ser bajo el mazo de la España unos anillos perdidos en la cadena social de las generaciones.*⁴³

Lo que planteaba el Cabildo era el viejo axioma según el cual una amenaza externa permite muchas veces consolidar un frente interno que no sería articulable de otro modo. Artigas estaba de acuerdo y afirmaba con claridad que la expedición de Morillo,

hasta nos es necesaria en unos momentos en que tratándose de cimentar con el mayor vigor el restablecimiento del espíritu público en la fraternidad en todos los pueblos, precisábamos de un objeto que con exclusión de todo otro reclamase los cuidados de todos.⁴⁴

Las negociaciones para una paz duradera entre orientales y directoriales, impensables unos meses antes, se empeñaron en efecto bajo buenos auspicios, con la certeza de que la expedición de Morillo se dirigía ya al Río de la Plata. En efecto, el 9 de febrero de 1815 el gobierno de Buenos Aires le confirmaba a su enviado, Nicolás Herrera, que según «un hijo de Buenos Aires» presente en Cádiz, la expedición había partido a principios de enero y que se dirigía hacia ellos.⁴⁵ Así se lo hacía saber Herrera a Otorgués para que se apuraran las negociaciones, «porque amigo los Godos ya están en el Charco, y si andamos con muchas tardanzas, tal vez cuando hagamos lo que debemos, como hombres, ya será tarde».⁴⁶

Sin embargo, los resquemores acumulados durante la reciente guerra y las desconfianzas mutuas entre los jefes artiguistas y los directoriales empantanaron las conversaciones durante varias semanas. El *impasse* se debía a la distinta vitalidad de ambos regímenes: mientras que en los primeros meses de 1815 la causa de Artigas no hacía sino expandirse -Santa Fe, y luego Córdoba, se incorporarían a la Liga de los Pueblos Libres-, el gobierno de Carlos Alvear entraba en una crisis terminal que culminaría en abril cuando su propio ejército, comandado por Ignacio Álvarez Thomas y enviado contra los santefesinos, se amotinó y forzó la renuncia del Director. Uno de los argumentos de los alzados residía en la necesidad de establecer la paz con los artiguistas para afrontar con éxito la amenaza peninsular. De modo que, al asumir Álvarez Thomas como nuevo Director Supremo interino, no sorprende que retomara con decisión las negociaciones de paz. Contando con un interlocutor en Buenos Aires al que veía como más confiable, Artigas dio pasos concretos en pos de la unión, como la convocatoria de representantes de los Pueblos Libres a un congreso con el fin de debatir las condiciones de un arreglo con el Directorio.

⁴³ “El Cabildo de Buenos Aires a los habitantes de la capital, 31 de enero de 1815”, en Augusto MAILLÉ, op. cit., p. 379.

⁴⁴ “José Artigas al Cabildo de Montevideo, 9 de mayo de 1815”, en AA, vol. 21, p. 15.

⁴⁵ “El Gobierno a Nicolás Herrera, Buenos Aires, 9 de febrero 1815, en AA, vol.17, p. 520.

⁴⁶ “Nicolás Herrera a Fernando Otorgués, Montevideo, 18 de febrero 1815, en AA, vol.17, p. 544.

Otro tanto sucedía en el resto de las provincias que no respondían a Artigas. Muchas de ellas venían indisponiéndose con el centralismo porteño y habían visto con buenos ojos la caída de Alvear, que debilitaba al Directorio y permitía buscar nuevas dosis de autonomía. En mayo de 1815 Salta nombró un gobernador sin consultar a Buenos Aires (que hasta entonces había designado a sus autoridades) y casi en simultáneo la provincia de La Rioja se declaró independiente tanto respecto de Córdoba –a cuya intendencia pertenecía– como de Buenos Aires. Para superar la crisis, porteños y provincianos acordaron convocar un congreso general en Tucumán. La amenaza de la expedición influyó en este nuevo intento de unión, al tiempo que moderó algunas de las tendencias autonómicas. La recién independizada La Rioja, por ejemplo, se declaró sin embargo sujeta «al Gobierno de la capital de Buenos Aires para todo lo relativo a la defensa del Estado».⁴⁷

El nuevo Director Álvarez Thomas no dejó pasar la oportunidad de utilizar la expedición de Morillo como excusa para exigir nuevos recursos y sacrificios a unos pueblos reacios a seguir colaborando con el esfuerzo de guerra. En términos catastrofistas anunciaba que España «envía a nuestras playas 10.000 asesinos, ocupados del proyecto de destruir en un solo día la obra de cinco años de trabajos.»⁴⁸ Dada la extrema urgencia, decretaba que de ahora en más «la indiferencia es un crimen», y que el Estado podría recurrir a todo tipo de medidas extraordinarias, incluyendo la militarización total de la población. Seguía una serie de decretos donde se efectivizaba lo anunciado: se habilitaban tres comisiones que podrían requisar los bienes que se considerasen necesarios para armar al ejército; se decretaba la incorporación de toda la población masculina y adulta a las milicias cívicas; se establecía una pesada cuota de reclutas de cada partido de la campaña para el ejército de línea.

Esta predisposición general al diálogo y la consecuente capacidad del Directorio para solicitar recursos extraordinarios, se extinguiría con la amenaza misma de la expedición española. Desde mediados de junio, cuando comenzó a darse por sentado que la misma había partido hacia otro destino, el afán negociador se fue extinguendo y la cuenta pendiente entre el Directorio y los Pueblos Libres regresó al primer plano. Concretamente, para sellar la alianza, los emisarios de Artigas exigían que Buenos Aires devolviese las armas que había extraído de Montevideo; en particular 3.000 fusiles, 12 piezas de campaña y 9 lanchas cañoneras. Esto implicaba dar a Artigas los medios de hacer una defensa en regla de su territorio, borrando en el acto la única superioridad militar a la que podía aspirar el Directorio.⁴⁹ ¿Buenos Aires iba a dar a los

⁴⁷ Geneviève VERDO: “En vísperas del congreso. La construcción de una identidad política en las Provincias Unidas del Río de la Plata en los años 1815 y 1816”, *Anuario del IEHS*, 21(2006). Valentina AYROLLO: “Resistencias al Orden. Las formas del poder local en épocas de transición. La Rioja, 1812-1816”, en Ana FREGA NOVALES et alii, *História, Regiões e Fronteiras*, Santa Maria, FACOS-UFSM, 2012, pp. 199-215. Armando BAZÁN: “La Rioja en la época de la Independencia”, *Trabajos y comunicaciones*, 15 (1966), UNLP, pp. 55-74.

⁴⁸ “Bando del Director Supremo Interino, Buenos Aires, 22 de mayo 1815”, en Augusto MAILLÉ: op. cit., p. 515.

⁴⁹ “Plan que presenta al Exmo. Gobierno de Buenos-Ayres la Diputación del Xefe de los Orientales para el restablecimiento de la concordia, Buenos Aires, 13 de julio de 1815”, en *Ibidem*, pp. 533-534.

artiguistas las armas con las cuales resistir a su autoridad? Álvarez Thomas, tras responsabilizar a Artigas por el fracaso de las negociaciones (y detener en un barco durante unos días a los enviados de los Pueblos Libres), le decía que si había abierto en mayo las tratativas era «con el objeto de que nos hallase unidos la Expedición que venía de la Península», puesto que «en tales circunstancias era un interés común el no hacernos la guerra». Ahora, en cambio, no había ningún incentivo para resolver las diferencias pacíficamente y todo quedaba relegado al futuro Congreso de Tucumán.⁵⁰ La oportunidad de lograr una salida negociada entre las facciones revolucionarias se había esfumado con la amenaza externa, y ahora todo volvía a su cauce anterior.

El ejército que se había levantado con tanto sacrificio para rechazar la expedición partió de Buenos Aires el 22 de julio, bajo el mando de Juan José Viamonte, no a luchar contra los peninsulares, que nunca llegaron, sino a imponer la supremacía del Directorio sobre Santa Fe. Ante la tenaz resistencia encontrada, Viamonte sugirió medidas drásticas para limpiar «la tierra de mala yerba»: arrasar Paraná y hacer la guerra «con más deseo que si la hiciera a los Peninsulares, porque en mi opinión éstos nos hacen el mal que no son capaces aquellos».⁵¹ Los Pueblos Libres se habían transformado en el principal y más inmediato rival de la capital.

La incursión de Viamonte en el Litoral terminaría como todas las que la sucedieron: con vergonzosos compromisos y una pronta retirada ante la tenacidad de las milicias santafecinas, entrerrianas y orientales. Ahora bien, dados los coqueteos de Córdoba con los Pueblos Libres, Buenos Aires corría realmente el riesgo de ser cortada del resto de las provincias y, frente a la imposibilidad de resolver la cuestión con sus propios medios militares, comenzó a ganar terreno una alternativa que implicaba, en buena medida, una claudicación tanto de su soberanía como de su compromiso revolucionario: la intervención portuguesa en la Banda Oriental.

Las negociaciones con la diplomacia de João VI estaban desde 1815 en manos de Manuel García, representante del Directorio en Río de Janeiro. Con su posición muy debilitada en Europa, el soberano lusitano buscaba consolidar sus dominios americanos cumpliendo el viejo anhelo de hacer del Río de la Plata su límite austral.⁵² García veía esos preparativos como una oportunidad, ya que consideraba «que la extinción del poder ominoso que se ha levantado en la Banda Oriental, es a todas luces no sólo provechosa, sino necesaria a la salvación del país». Buenos Aires no tenía «la fuerza necesaria para sofocar ese amenazante poder», por lo que hacía falta «la fuerza física y moral de un poder extraño para terminar esta lucha». Estas aperturas de García durante los primeros meses de 1816, buscando la alianza portuguesa contra Artigas, merecieron el visto bueno de Álvarez Thomas y de su sucesor González Balcarce.⁵³ Contando con esta anuencia los portugueses invadieron la Banda Oriental el 28 de agosto de 1816, con un

⁵⁰ “Álvarez Thomas a José Artigas”, Buenos Aires, 1 de agosto de 1815, en *Ibíd.*, pp. 534-535.

⁵¹ “Carta a Álvarez Thomas, 19 de marzo de 1816”, citada en Raúl FRADKIN: “Las formas de hacer la guerra”, *op. cit.*, p. 182.

⁵² Véase João Paulo PIMENTA: *Estado y Nación hacia el final de los imperios ibéricos. Río de la Plata y Brasil, 1808-1828*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

⁵³ Citado en Vicente FIDEL LÓPEZ: *Historia de la República Argentina*, tomo III, pp. 350 y ss.

ejército de casi 12.000 hombres. La invasión, al mando de Carlos Federico Lecor, violaba los términos del armisticio de 1812 entre Portugal y el Río de la Plata y mancillaba suelo formalmente rioplatense.

Un mes antes de la invasión, las Provincias Unidas se habían declarado independientes de España y de toda dominación extranjera.⁵⁴ También habían superado provisoriamente las disputas entre federalismo y centralismo -que en los primeros meses de 1816 habían sido fuertes en algunas provincias, en particular Buenos Aires- a favor de este último. El porteño Juan Martín de Pueyrredón fue elegido nuevo director supremo por los diputados presentes en el Congreso, y Buenos Aires fue reafirmada como capital.⁵⁵ Para ganar la guerra contra los realistas, el Gobierno decidió apoyar con todos sus recursos el plan de José de San Martín de atacarlos en Chile, para luego ir de allí al Perú, corazón del poder del Rey en América del Sur. En ese contexto, las Provincias Unidas quedaban con pocas posibilidades de resistir un avance lusitano. El Congreso decidió entonces negociar con los portugueses y envió emisarios ante Lecor con instrucciones de aceptar su ocupación de la Banda Oriental, limitándose a señalar que «de ninguna manera podrá apoderarse del Entre Ríos por ser este territorio perteneciente a la provincia de Buenos Aires». Es más, lo que le proponían a Portugal era una alianza duradera, casando a una hija de Braganza con el rey Inca que se instalaría en el Río de la Plata. Se aceptaba incluso, si lo anterior era rechazado, «la coronación de un infante del Brasil en estas provincias, o la de cualquier otro infante extranjero, con tal que no sea de España».⁵⁶

En un principio, Pueyrredón consideró que tanto las posiciones de García como la propuesta de los enviados del Congreso eran muy extremas y detuvo la marcha de estos a la Banda Oriental. La invasión portuguesa, que se internaba ya imparable hacia Montevideo, ¿no constituía acaso una nueva oportunidad de ensayar el acercamiento con Artigas que se había malgastado con la expedición de Morillo? En efecto, Pueyrredón escribía a Barreiro, el reemplazante de Otorgués en Montevideo:

Los portugueses han pretextado para su invasión a la Banda Oriental, la independencia en que se constituyó esa provincia. De modo que, reconociendo al soberano Congreso y superior gobierno de las Provincias Unidas, aparecerá formando un cuerpo de Nación, cesará la causa de la guerra que se hace como a un poder aislado.⁵⁷

⁵⁴ Para un estado de la cuestión de los nuevos estudios sobre la independencia rioplatense, ver Gabriel ENTIN et al.: *Crear la independencia: Historia de un problema argentino*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2016.

⁵⁵ Sobre el movimiento federal en Buenos Aires en 1816 véase Fabián HERRERO: *Movimientos de Pueblo. La política en Buenos Aires luego de 1810*, Buenos Aires, Ediciones Cooperativas, 2007. Sobre la elección de Pueyrredón puede consultarse Gabriel DI MEGLIO: *1816. La trama de la independencia*, Buenos Aires, Planeta, 2016.

⁵⁶ "Actas secretas del Congreso de Tucumán", op. cit., pp. 17641-17645.

⁵⁷ "Juan Martín de Pueyrredón a Miguel Barreiro, Buenos Aires, 5 de diciembre de 1816", en AA, vol. 32., p.34.

El 8 de diciembre de 1816 se firmó, efectivamente, un tratado entre el gobierno de Buenos Aires y dos enviados de Montevideo en el que se estipulaba la incorporación de la Banda Oriental a las Provincias Unidas a cambio de un auxilio militar inmediato. Cuando Pueyrredón exigió a Artigas que jurase «obediencia y sumisión» a su Gobierno, en cambio, el jefe oriental repudió un tratado «humillante» que disolvía «de un golpe el estado oriental», y por lo tanto quedaba anulado, renovando su pedido de ayuda sin condiciones.⁵⁸

Artigas prefirió enfrentar solo a los portugueses antes que someterse a los porteños. El Directorio intentó usar la invasión para subordinar a su enemigo interno, pero luego aceptaría que los portugueses le sacaran a Artigas de encima a cambio de entregar la Banda Oriental. Buenos Aires no hizo entonces nada para frenar la ofensiva portuguesa y utilizó las fuerzas que le quedaban para obligar a las otras provincias artiguistas a obedecerla. El intento terminó, sin embargo, en un nuevo fracaso que desembocó en la caída simultánea de los dos bloques rivales: a principios de 1820 Artigas fue derrotado por última vez en la Banda Oriental a manos de los portugueses y debió marcharse al Paraguay, mientras que unos días más tarde las tropas de Santa Fe y Entre Ríos vencieron al Directorio y forzaron su disolución. La experiencia revolucionaria llegaba a su fin.

Conclusión

El fracaso de la contrarrevolución local, la decisión de enviar la expedición de Morillo a Venezuela, la imposibilidad de los emisarios reales de persuadir a uno de los bloques revolucionarios de retornar a la obediencia a Fernando VII; todo coadyuvó a impedir que la Restauración triunfara en el Río de la Plata del modo que lo hizo entre 1815 y 1816 en otros espacios insurgentes de América. La intransigencia monárquica empujó a los sectores políticos de las Provincias Unidas, incluso a los que seguían prefiriendo la autonomía a la ruptura, a declarar la independencia absoluta de una nueva nación.

Sin embargo, también en los territorios rioplatenses la Restauración tuvo efectos decisivos. El giro conservador en Europa, confirmado por el Congreso de Viena de 1815, y la experiencia de seis años de convulsiones políticas y de movilización social, llevaron al Congreso que declaró la independencia a proclamar que llegaba la hora de terminar con «el virus revolucionario». Para evitar caer en la «división y anarquía» sancionaron medidas draconianas para quienes desafiaron a la autoridad. Al mismo tiempo, sepultaron las convicciones republicanas de los años previos y dejaron abierta la posibilidad de que el nuevo Estado independiente se convirtiera en una monarquía. El nuevo espíritu de los dirigentes quedó plasmado en el título de un decreto del 1º de agosto de 1816: «Fin a la revolución, principio al orden».⁵⁹

⁵⁸ “Juan Martín de Pueyrredón a José Artigas, Buenos Aires, 12 de diciembre de 1816”, en AA, vol.32., p. 77.

⁵⁹ Todas las citas son del *Manifiesto del Congreso a los Pueblos*, Buenos Aires, Imprenta Gandarillas, 1816.

En un contexto signado –como en Chile o Nueva Granada– por una brutal lucha facciosa entre liderazgos revolucionarios rivales, la Restauración planteaba particulares desafíos pero también oportunidades. Los llamados a la reconciliación en pos de afrontar al enemigo común marcharon en paralelo con negociaciones encubiertas, sinceras o no, relativas a la posibilidad de alinearse con el Rey en desmedro de la facción revolucionaria enemiga. Si finalmente José Artigas se mantuvo fiel a la revolución, al tiempo que la expedición de Morillo se dirigía a otras latitudes, el Directorio aceptó ciertamente, primero por omisión y luego más activamente, la intervención portuguesa en contra de su rival.

Vemos así que la pretendida “excepcionalidad” rioplatense en un contexto global signado por las restauraciones fue apenas superficial. De hecho, en la Banda Oriental, la invasión portuguesa de 1816 tuvo el mismo efecto que la expedición de Morillo en el norte de Sudamérica. Aunque no devolvía la región a la órbita española, sí la colocaba otra vez dentro de un orden monárquico y frenaba el avance de las demandas sociales que los paisanos artiguistas impulsaron en los años previos. Una buena parte de la elite de Montevideo, inclusive, saludó con entusiasmo la entrada del ejército de Lecor a la ciudad en enero de 1817. Se trataba, pese a todo, de una victoria contrarrevolucionaria en el corazón del Río de la Plata.